

La hospitalidad horizontal y el refugiado interno asiático en el México de *Jamás, nadie* de Beatriz Rivas y *Mudas las garzas* de Selfa A. Chew

Ignacio López Calvo
University of California, Merced, USA

Abstract This essay explores the influence of documentary narrative in Mexican literary production, focusing on the representation of the internal refugee and the proposal of horizontal hospitality as a solution to the problem. The two literary texts analyzed are *Mudas las garzas* (2007), by Selfa A. Chew, which focuses on the deportation and extortion suffered by Nikkei people in Ciudad Juárez and border areas during World War II, and *Jamás, nadie* by Beatriz Rivas, which recreates the plight of Chinese internal refugees in Mexico.

Keywords Asian-Mexican literature. Asian internal refugees. Horizontal hospitality. Documentary literature. World War II.

Índice 1 La masacre de Torreón y el refugiado interno chino en *Jamás, nadie*. -2 La deportación de nikkei a campos de internamiento en *Mudas las garzas*. -3 Conclusiones.

Car pour être ce qu'elle "doit" être, l'hospitalité ne doit pas payer une dette, ni être commandée par un devoir: gracieuse, elle ne "doit" s'ouvrir à l'hôte (invité ou visiteur) ni "conformément au devoir" ni même, pour utiliser encore la distinction kantienne "par devoir". Cette loi inconditionnelle de l'hospitalité, si on peut penser cela, ce serait donc une loi sans impératif, sans ordre et sans devoir.

(Jacques Derrida 2000, 77)

En su libro *De l'hospitalité. Anne Dufourmantelle invite Jacques Derrida à répondre (Of Hospitality. Anne Dufourmantelle Invites Jacques Derrida to Respond, 2000)*, que recoge dos de sus seminarios de 1996, Jacques Derrida destruye la política y la ética de la hospitalidad con los extraños o extranjeros que llegan a nuestras fronteras. En este libro, sobre la generosa recepción de inmigrantes, refugiados y buscadores de asilo, que fue fundacional para los estudios sobre la hospitalidad, Derrida distingue el plano personal del individuo que da la bienvenida a su casa al extranjero del de la hospitalidad oficial que ofrecen los gobiernos nacionales. Como explica Kevin D. O'Gorman:

For Derrida the hospitality given to the "other" is an ethical marker, both for an individual and a country. Everyday engagement with the "other" is fraught with difficulties; sometimes the "other" is devalued or in extreme cases rejected. In the case of hospitality, the "other" is often forced to take on the perceptions of the "host." The "guests" are unable to be themselves; they must transform their "otherness." For Derrida, being open and accepting the "other" on their terms opens the host to new experiences. (2007, 200)

Siguiendo estas pautas, en este ensayo analizo la imagen de los desplazados o refugiados internos chinos y nikkei en México desde la perspectiva de la hospitalidad horizontal y el asilo proporcionados por los ciudadanos de a pie, según se ve representada en la novela *Jamás, nadie* (2017) de la mexicana Beatriz Rivas (1965) y en la obra con rasgos testimoniales *Mudas las garzas* (2012) de la sinomexicana Selfa A. Chew (1962). Las dos están inspiradas en momentos históricos en los que México pasó de ser un país hospitalario a volverse inhospitalario. Proveen, además, ejemplos de la potencial eficacia de la hospitalidad popular con actos generosos en contextos represivos en los que el Estado-nación puede llegar a fabricar enemigos internos con la excusa de la seguridad nacional o por imposición de gobiernos vecinos.

Desde un principio, conviene tener en cuenta que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), un órgano autónomo de la Organización de Estados Americanos (OEA), sostiene que, en muchos casos, los refugiados reciben mayor protección y tienen más visibilidad que las personas desplazadas internas. Al mismo tiempo,

cabe subrayar el contexto sociohistórico de la presencia asiática en México. En palabras de Chew, existe un «internalized racism in Mexico masked by the celebration of idealized indigenous and Spanish mestizaje which has resulted in the rejection of other mestizajes and, consequently, the oppression of Mexicans of Asian descent» (2014, 62-3). Es decir, como es bien sabido, en muchos casos el discurso del mestizaje sirvió como cortina de humo para la imposición de los valores blancos, occidentales y cristianos en México.

1 **La masacre de Torreón y el refugiado interno chino en *Jamás, nadie***

Desde este prisma, en *Jamás, nadie* Rivas ficcionaliza la experiencia de un joven inmigrante cantonés que se convierte en refugiado interno tras sobrevivir, con la ayuda de un vecino mexicano, la notoria masacre de cantoneses en Torreón, en el estado de Coahuila, en 1911, al año de su llegada a México. Esta novela recrea el trastorno por estrés postraumático y la angustia existencial que tendrá que intentar superar al darse cuenta de que sus seres queridos han sido masacrados sin razón alguna, víctimas del racismo y de los celos económicos de soldados maderistas liderados por Benjamín Argumedo, ayudados por unas masas cegadas por el racismo y la xenofobia durante la Revolución Mexicana de 1910: «Había escapado de la muerte, pero desde entonces andaba como si fuera un clandestino de la vida, un exiliado de cualquier emoción, con un rostro dibujado en esos tonos que solo da la pena» (2017b, 91).¹ Aun así, el protagonista, tras huir primero a La Chinesca, el barrio chino de Mexicali, para establecerse más tarde en el de la Ciudad de México, nunca pierde del todo la esperanza -en su exilio interior o inxilio- y acabará por reimaginar un refugio mental ajeno a la violencia y a la venganza que tanto había marcado su vida hasta entonces. Rivas sugiere abiertamente en su novela que, en la vida real, la animadversión contra los chinos se debía sobre todo a la envidia de su poder adquisitivo, como muestra el hecho mismo de que se atacara al banco Wah Yick de dueño chino (2017b, 35). Además, propone otras posibles razones por las que se convierten en depositarios del odio colectivo: «Los maderistas, a su paso, decidieron que los chinos serían los chivos expiatorios perfectos. Una decisión inconsciente, es probable, pero ahí estaban: eran los más débiles, los más fáciles de atacar, los más odiados» (2017b, 65);

¹ Dicho sea de paso, además de dichos celos económicos, Robert Chao Romero sostiene que la violencia de las guerras entre tongs también contribuyó a justificar de alguna manera la creación de leyes antirracistas y boicots en el norte de México.

es decir, su condición de vulnerabilidad, como extranjeros sin apoyo de su gobierno, los convirtió en víctimas propiciatorias.

Ciertamente, cuando uno piensa en la tragedia de los refugiados y refugiados internos, la comunidad china de México no es lo primero que suele venir a la mente. Sin embargo, varias obras literarias y estudios históricos mexicanos, como *La casa del dolor ajeno. Crónica de un pequeño genocidio en La Laguna* (2015) de Julián Herbert² y la novela *Jamás, nadie* de Rivas, así como el estudio histórico de Juan Puig *Entre el río Perla y el Nazas: la China decimonónica y sus braceros emigrantes, la colonia china de Torreón y la matanza de 1911* (1992), se han hecho eco de la masacre de chinos en Torreón, Coahuila, que tuvo lugar entre los días 13 y 15 de mayo de 1911 a manos de las tropas revolucionarias maderistas, junto con una desaforada población civil local. Esta tragedia etnocida, en la que, según varios estudios históricos, se asesinó a sangre fría a 303 inmigrantes cantoneses (la mitad de la comunidad de Torreón; el número es menor en la novela de Rivas) y a cinco japoneses (a los que quizás se confundió con inmigrantes cantoneses) fue plausiblemente una de las consecuencias de la biopolítica oficial. Esta masacre es, asimismo, inseparable de la tolerancia o complicidad estatal con las campañas y leyes antichinas que tuvieron lugar durante varios años por todo México. De hecho, según Robert Chao Romero, en el México de 1932 había nada menos que 153 organizaciones antichinas (2010, 175). Y a la infamia de la masacre se le une el hecho de que le siguieron la impunidad y el olvido históricos.

Reflejando empatía por la injusticia histórica padecida por este grupo minoritario, textos literarios como los de Rivas y Herbert representan contranarrativas y discursos opositoriales a las historias oficiales del Estado, proponiendo, en su lugar, políticas de inclusión y de reconocimiento abierto de los errores racistas y xenófobos del pasado. Al mismo tiempo, subrayan indirectamente el componente asiático del proyecto nacional mexicano, más allá del discurso oficial del mestizaje. En el marco de esta recreación de la inmigración y presencia chinas en México, hasta la publicación de *Mudas las garzas* de Chew y esta novela de Rivas no se había considerado, que yo sepa, la presencia del inmigrante chino como refugiado interno, a pesar de que, obviamente, no todos fueron deportados de Sonora y Sinaloa en 1931 a Estados Unidos (y de allí a China). Prueba de ello es el hecho mismo de que la comunidad china haya sobrevivido hasta nuestros días, a pesar de sus mucho más reducidos números (ya para 1940, la colonia china de México se había reducido a 4856 personas, según Chao Romero [2010, 56]). A pesar de que, por diferentes razones,

² Para más información, ver mi artículo «Necropolítica, espectrología china e impunidad en *La casa del dolor ajeno* de Julián Herbert» y mi entrevista con Herbert.

tanto algunos gobiernos de diferentes estados como el gobierno federal mexicano eran incapaces de concebir la incorporación de la comunidad china al cuerpo político de la nación y, en consecuencia, habían sentenciado una muerte civil para ella, muchos inmigrantes chinos decidieron resistir a la limpieza étnica y permanecer con sus familias en México, ya fuera por la imposibilidad de viajar a otros países o por el mero instinto de supervivencia. Otros, como el banquero Woong Foon Yick, que aparece en las primeras páginas de *Jamás, nadie*, decidieron emigrar de nuevo a otro país.

Es quizás esta resiliente presencia de descendientes de inmigrantes chinos, incluidos los refugiados internos, la que no permite (por mucho que a veces ellos mismos recurran a la autocensura) que se extinga el espectro de aquella masacre y de aquellos mercaderes chinos de antaño que, de cuando en cuando, resucitan casi de forma fantasmagórica en textos históricos y literarios. Por tanto, el legado de aquellos refugiados internos cantoneses -chivos expiatorios que sobrevivieron a la violencia absurda, la impunidad, los daños colaterales de la modernidad capitalista y la negligencia tanto del gobierno mexicano como del chino- continúa vivo en la producción cultural mexicana que los honra y rescata del olvido, así como en sus descendientes, algunos de los cuales quizás todavía arrastren el trauma transgeneracional.

Volviendo a *Jamás, nadie* de Rivas, llegados a cierto punto de la novela, la hija del protagonista, Mian 'Mía' She Perier, que es una de las narradoras, parece identificar a su padre como subalterno, en el sentido en que lo usa Gayatri Spivak: «Su verdadero nombre era She Yan y formaba parte de los sin patria, sin identidad, sin nombre ni apellido, sin antepasados vivos, sin voz. Sin gritos. Invisible para las demás miradas. Un damnificado de la tiranía e ineptitud de los gobiernos, del rechazo de los ciudadanos. De mi indiferencia» (Rivas 2017b, 203). Como explica su única hija en capítulos alternativos a los del narrador omnisciente, el protagonista no tiene voz, pues ha sido borrado, junto a su grupo social, de la historia reciente de la nación mexicana. En el presente histórico, ya convertida en una viuda de sesenta y siete años, Mía tiene tiempo suficiente para abrir una caja con cuadernos y fotos de su difunto padre que le dejó su anciana madre antes de morir. De ese modo, logra comprender por fin la identidad que su padre había mantenido en secreto y la magnitud de la tragedia que lo asoló en Torreón. Inevitablemente, ahora la hija se siente culpable y, en cierto modo, partícipe de haber borrado de la memoria a las víctimas de la matanza. Como explica Maritza Manríquez Buendía:

Al indagar en la historia de su padre a través de recuerdos, recortes de periódicos y cartas, a través incluso de un viaje a China para intentar respirar y adherirse al mismo aire que alguna vez respiró

él, Mía entiende la verdadera dimensión que representa el grito contenido que fue, en sí, la vida de su padre en México, y dialoga con él, a pesar de que él ya está muerto. (2018, 46)

Efectivamente, pasados los años, Mía logra entender el doloroso silencio, la incapacidad de llorar y el terrible vacío de los ojos de su padre, que ahora vienen a justificar, en cierto modo, el frío comportamiento que siempre tuvo con ella, así como el aparente rechazo de su cultura china nativa. A manera de actividad terapéutica, Mía comienza a pintar retratos de su padre y otros familiares asesinados, así como cuadros de la masacre de Torreón, para que no queden en el anonimato. Por medio del arte, por tanto, consigue reconciliarse con su propio pasado y con su padre. Algo parecido ocurre con su madre, She Yan: su sed de venganza irá apagándose con los años, a pesar de haberse unido a una organización secreta de inmigrantes chinos en la Ciudad de México llamada Lao Zi, que planeaba vengarse de los responsables de la masacre de Torreón. De hecho, acabará enamorándose, al principio sin saberlo, de la hija de uno de los máximos líderes del movimiento antichino, José María Arana, si bien esta rechaza categóricamente la absurda ideología racista de su madre. En cierto modo, su relación con Luz Arana representa un tipo de venganza involuntaria e indirecta contra el padre de esta, José María Arana, que acabará por desheredar a su hija cuando se entera de su relación con el protagonista.

Por mucho tiempo, la situación afecta incluso su propia identidad, pues se nos dice que, si bien era muy chino en la tienda, no lo era tanto en la calle por miedo a ser reprimido de nuevo. De hecho, quema su pasaporte chino, nunca habla en cantonés en público, no celebra el año nuevo chino, se cambia el nombre a Juan She, se enfada cuando su esposa le cocina comida china, reza para que su hija no nazca con ojos achinados y se niega a dar su apellido a su hija legítima, Mía, para que no tenga que sufrir como él. Por ello, un compatriota suyo le critica: «En el Hong King eres el más chino de todos, pero en cuanto sales a la calle parecería como si quisieras pasar desapercibido y hasta mimetizarte. Yan les respondía lo mismo: Lo único que quiero es que nunca más vuelvan a rechazarme, a perseguirme» (Rivas 2017b, 168). No obstante, hacia el final de su vida nos damos cuenta de que, en lo más profundo de su ser, jamás había abandonado su identidad cantonesa, pues pide que se le entierre según la tradición china: «sabe que para que su alma logre trascender, deberá morir como chino aunque no haya vivido en esta tierra como tal» (Rivas 2017b, 291). Por tanto, encuentra, por fin, la paz espiritual y muere sin odio ni rencor.

Pero en *Jamás, nadie*, Rivas extiende el sufrimiento de aquellas víctimas cantonesas de la masacre de Torreón al de los numerosos exiliados y refugiados repartidos por todo el mundo desde la Segunda

Guerra Mundial, incluyendo a centroamericanos, haitianos, cubanos, sudaneses, sirios y muchos otros grupos que buscan sobrevivir lejos de su patria solo para toparse con el desprecio y el maltrato:

En gran parte de los países, hoy, sí, hoy mismo, miles de extranjeros son discriminados, maltratados, agredidos, perseguidos. Muchos otros mueren intentando llegar a su destino, deshidratados o ahogados. ¡Cuántos sobreviven en medio del abandono o de la violencia! (Rivas 2017b, 225)

La trama principal de la novela, de hecho, se ve salpicada de capítulos cortos titulados «Periplo migratorio» que detallan el sufrimiento de estos grupos de refugiados por todo el mundo, incluyendo el terror que padecen hoy en día los emigrantes centroamericanos al cruzar México. Es probable, por cierto, que estos capítulos procedan de los recortes de periódicos sobre la inmigración que, como explica en una entrevista televisiva en el programa *La Pura Verdad*, recortó la autora en preparación para la escritura de esta novela.

Por otra parte, si bien Herbert, en su crónica *La casa del dolor ajeno*, acusa a la burguesía algodonera de Torreón de un racismo que dejó un largo legado de violencia física y verbal, y que culminaría con la matanza de 1911, Rivas utiliza este mismo episodio para condenar abiertamente no solo el linchamiento de la colonia china de Torreón, sino también lo que, en su opinión, es el racismo escasamente velado de sus compatriotas que todavía pervive hoy: «—Por odio. Por pura envidia. Porque los mexicanos, aunque no queramos aceptarlo, somos asquerosamente racistas [...] Se les hizo a los chinos lo mismo que los gringos a los trabajadores mexicanos» (Rivas 2017b, 159). En cualquier caso, el protagonista de la novela, She Yan, aparece como sobreviviente en más de un sentido, pues la mayoría de la comunidad china sería deportada durante la década de 1930 de los estados norteños de Sonora y Sinaloa: «los orientales se vieron obligados a malbaratar sus propiedades y bienes para abandonar México» (Rivas 2017b, 130). Como refugiado interno, recurre al inxilio o exilio interior («exiliado de sí mismo» en Rivas 2017b, 117, dice la novela) para sobrevivir a los terribles recuerdos de la masacre de su familia y al sentimiento de culpabilidad por ser el único sobreviviente entre ellos (su padre, Xu, su hermano Dong y su primo Li, que habían llegado de Guangzhou a México en 1907, fueron brutalmente mutilados y nunca pudo enterrarlos según las costumbres chinas). Así, nos explica el narrador omnisciente: «Yan vivió el resto de su existencia con el peso del sobreviviente» (Rivas 2017b, 49); y más tarde: «Verse obligado a migrar es una tortura, pero sobrevivir es una condena» (Rivas 2017b, 50). Y en los capítulos narrados por su hija Mía, se insiste: «Los dolores del alma matan de a poquito» (Rivas 2017b, 74).

Pero lo que es más importante para este estudio es que el protagonista no logra superar la tragedia por sí mismo sino solo con la ayuda de lo que Guillermina De Ferrari denomina «una hospitalidad horizontal». Es decir, se nos presenta una alternativa a la tradicional jerarquía de que haya ciudadanos de pleno derecho e inmigrantes o refugiados sin ellos:

A Latin American hospitality builds alliances on multiple axes of power, fracturing the status quo and revealing the fissures in an inadequate social contract. Simple social practices that provide safety and welfare without the help of the state are the building blocks of a civil society. (De Ferrari 2022, 326)

Efectivamente, si el protagonista sobrevive y luego logra encontrar por fin su norte, a pesar de nunca llegar a ser ciudadano de primera clase, es primero gracias a un joven mexicano desinteresado llamado Claudio que lo esconde, salvándolo así de la masacre. En medio del odio irracional de los soldados maderistas y del pueblo enloquecido, el primero en apiadarse del inmigrante chino es este estudiante de medicina que lo encuentra atemorizado, tembloroso y enmudecido durante la matanza. Avergonzado por las acciones de sus paisanos, Claudio, poniendo en peligro su propia vida, le ayuda a salir de su escondite, le da ropa limpia y le paga un billete de tren a Mexicali. Más tarde, el protagonista cura sus heridas emocionales gracias al amor de tres mujeres (sus novias Macarena y Xiadani y luego, su esposa, Luz Arana) que, con generosa hospitalidad, lo tratan como un igual e incluso se enamoran o se casan con él. Pese a no tener poder alguno -de ahí que su hospitalidad se considere horizontal- se compadecen de él, respetan sus diferencias culturales y lo tratan como a un igual, desafiando así la falta de ética de los gobiernos estatales y federales de México, a la vez que crean a su manera y con su ejemplo un mundo más hospitalario.

No son, por tanto, los gobiernos mexicano o chino quienes lo rescatan, sino estos cuatro personajes (además de sus compatriotas chinos), que desafían el statu quo injusto del momento y se identifican con la condición humana del protagonista más allá de las razas y las nacionalidades. En particular, las tres mujeres asumen como propio el sufrimiento del superviviente de la masacre, rechazando así un contrato social injusto con los inmigrantes chinos. She Yan es un hombre desplazado forzosamente, un inmigrante desamparado y perdido en un mundo que lo ningunea y rechaza. Pero sin ayuda de un Estado que se muestra indolente, las desinteresadas prácticas sociales de estas mujeres dan la bienvenida al Otro inmigrante y le ofrecen tanto salvoconducto como refugio dentro de la sociedad civil. Si bien la novela nos narra cómo She Yan arrastrará el dolor el resto de sus días, también nos recuerda que la hospitalidad horizontal

que le brindaron estos ciudadanos de a pie desinteresados consiguió aligerar parcialmente ese peso.

En *Jamás, nadie* el santuario o asilo no constituye un lugar, sino que más bien lo representan personas que protegen y aceptan a She Yan. Y hay que tener en cuenta que el matrimonio con un inmigrante chino en esta época suponía en algunos estados mexicanos, como Sonora y Sinaloa, la pérdida de la nacionalidad para sus esposas mexicanas, a quienes se denominaba despectivamente «chineras». Según nos recuerda la novela, en 1930 el gobernador de Sonora, por medio de la Ley 31, llegó incluso a prohibir el matrimonio interracial entre chinos y mexicanas. En esto consiste, de hecho, la verdadera condición previa de la hospitalidad, que, como indica Rosello,

may require that, in some ways, both the host and the guest accept, in different ways, the uncomfortable and sometimes painful possibility of being changed by the other. (48; citado en O'Gorman 2006, 54)

La novela, en definitiva, nos lleva al presente histórico, en el que Rivas nos proporciona indirectamente una hoja de ruta de cómo aliviar la terrible carga de los refugiados: una de las lecciones que nos ofrece *Jamás, nadie* es, precisamente, que la solidaridad ciudadana, la llamada hospitalidad horizontal, puede ser tan eficaz o más que las jerárquicas ayudas que puedan ofrecer estados o gobiernos a los refugiados internos y externos.

2 **La deportación de nikkei a campos de internamiento en *Mudas las garzas***

Otra obra que recoge la odisea de los refugiados internos en México es *Mudas las garzas* (2012) de la sinomexicana Selfa A. Chew (Selfa Alejandra Chew-Meléndez, 1962-). Chew nació y creció en la violenta ciudad de Ciudad Juárez, Chihuahua, por lo que quedó sensibilizada ante las desapariciones, torturas y asesinatos, incluyendo el asesinato de su propio hermano Pedro Manuel. En el caso de *Mudas las garzas*, la solidaridad no se da ya con los desplazados o refugiados internos de la comunidad china sino con los de la comunidad nikkei fronteriza que, tras el bombardeo de Pearl Harbor por las fuerzas aéreas japonesas el 7 de diciembre de 1941, fueron racializados y 5000 de ellos (según la estimación de la propia Chew en *Uprooting Community*) llegaron a ser desplazados forzosamente por el ejército mexicano. El presidente Manuel Ávila Camacho, actuando a instancias del gobierno estadounidense de Franklin D. Roosevelt, ordenó que se los encerrara en campos de internamiento en Guadalajara y Ciudad de México en 1942, que

la autora denomina «campos de concentración». Como explica la propia Chew en un artículo académico:

Heeding the United States Department of State's recommendations, the Mexican government ordered the strict surveillance of those regarded as internal enemies at local, state, and federal levels as early as December 1941... The transnational criminalization of Japanese and Japanese Mexicans resulted in their removal from their homes in the United States/Mexico borderlands and the coastal zones of Mexico. (Chew 2014, 57)

El interés literario de Chew por este triste y oscuro capítulo de la Segunda Guerra Mundial nació, en parte, por haber sido criada por una familia japonesa en Ciudad Juárez y por su empatía como miembro de la comunidad sinomexicana (Chew es de descendencia cantonesa por parte de su padre y Mixteca por parte de su madre), que también fue desplazada, deportada e incluso masacrada en varios casos. Así, Chew recuerda: «I grew up listening to their stories, in which Asian and indigenous peoples appeared as dignified, resilient human beings, creators of millenary and sophisticated cultures» (2014, 59). Este mismo interés académico se vuelve a expresar en su libro *Uprooting Community: Japanese Mexicans, World War II, and the U.S.-Mexico Borderlands* (2016), y fue también el tema de su tesis doctoral (de hecho, varios de los extractos que aparecen en *Mudas las garzas* se leen como información o apuntes recopilados durante la investigación para este libro).

La sufrida subsistencia de los nikkei de México hasta el final de la guerra se refleja en *Mudas las garzas* de manera fragmentada: por medio de testimonios orales, poemas, fotografías, entrevistas, declaraciones policiales, informes militares, registros oficiales, documentos legales, memorandos y memorias (la autora proporciona una lista de los autores de estos textos en el prólogo). Aunque a veces se cambian los nombres de los protagonistas, son todos episodios reales –si bien entrelazados con pasajes de ficción–, lo que dota a la obra de matices testimoniales. Dicha fragmentación refleja formalmente el quiebre de la rutina diaria y de la identidad de los nipomexicanos desplazados, de los que se sospechaba que pudieran ser una quinta columna a la espera de órdenes de un ejército imperial japonés ansioso de invadir Estados Unidos desde Baja California, México.

Por tanto, las perspectivas narrativas son múltiples, formando una polifonía de opiniones, a veces opuestas, en una especie de coro que puede resultar confuso para los lectores. Además, la historia no se narra cronológicamente, lo que dificulta aún más la organización lógica de datos y personajes. De hecho, ante la dificultad de reconstruir fielmente el traumático pasado histórico, más que

contarnos una historia, Chew la evoca para que los lectores activos vayan atando cabos en su cabeza. En palabras de Puo-An Wu Fu,

the authorial voice is instructing the reader to mirror the task of a historiographer—to piece together a complex history using a range of materials—in order to arrive at a conclusion about human empathy and emotion. (14)

Si bien recurriendo, por tanto, a un formato menos clásico, el de una fragmentación de tintes posmodernos (en un recurso metanarrativo el texto se define a sí mismo de esa manera: «el texto posmoderno no admite ni siquiera la pregunta» [2007, 157]), *Mudas las garzas* coincide con *Jamás, nadie* de Rivas en el loable y solidario intento de rescatar del silenciamiento y el olvido históricos la cruda experiencia de las comunidades asiáticas de México. En sus páginas, una vez que las circunstancias geopolíticas y económicas se vuelven repentinamente en su contra, los personajes asiáticos racializados se descubren a sí mismos como ciudadanos de segunda clase y sin pleno derecho. El colonialismo interno, el racismo, la discriminación, el cuestionamiento de la identidad, la incertidumbre y la ansiedad marcan la vida de unos personajes en busca de su lugar en el país de acogida. De hecho, la traumática experiencia de un segundo exilio aparece en las páginas finales de *Mudas las garzas*: «Perdona el doble exilio y las varias muertes que vivimos juntos» [Chew 2007, 161].

Además del de la opresión de esta comunidad (el desplazamiento forzoso y encierro en campos de internamiento, el encarcelamiento en la prisión de Perote, la ruina económica por la venta forzada y a bajos precios de sus posesiones), el otro enfoque de *Mudas las garzas* es la doble opresión de la mujer nikkei dentro de su propia comunidad a causa de la represión patriarcal. En esta historia de amor, la violencia doméstica y la frialdad de los informes policiales contrastan con la belleza lírica de los haikús dedicados a la joven protagonista de dieciséis años, Sadako Ono. *Mudas las garzas* narra la accidentada historia de esta novia de fotografía procedente de Yokohima cuya aventura comienza a finales de la década de 1910. La joven japonesa es analfabeta porque su padre pensaba que, para trabajar en una fábrica textil, no necesitaba ir a la escuela. Una de las escenas recrea el momento de preparación de Sadako antes de una boda arreglada y por poderes sobre la que no pudo opinar. Su sumisión queda simbolizada con una tela en forma de luna que lleva en el vestido de novia para que no se olvide de su deber de obedecer a un marido, Jinso Tanada, aunque este únicamente está en la boda en forma de fotografía. Su indecisión y malestar son tales que en el momento de subir al barco junto con otras doscientas novias de fotografía japonesas concibe la idea de negarse a viajar, pero la vergüenza acaba haciéndole obedecer el deseo de su familia.

Una vez que Tanada logra sobornar a los oficiales de inmigración para que permitan a Sadako salir de Angel Island e ir a San Francisco, la joven se siente engañada al descubrir que su nuevo marido es mucho más viejo de lo que aparentaba en la foto que le mandaron. Por su parte, Tanada reacciona agresivamente ante el rechazo, por lo que primero la insulta y luego abusa física y sexualmente de ella. Más tarde, Sadako recibe el apoyo del socio comercial de Tanada, un okinawense llamado Asato Kahogura, que es mucho más joven y le dedica los haikus de amor que leemos a lo largo de la obra. Tras robarle 20,000 dólares a Tanada en abril de 1921, Sadako y Asato se escapan a la ciudad de México, donde cambiarán sus nombres a Susuri y Sanyu respectivamente.

Más adelante, los lectores descubren que, a causa de los desplazamientos forzados a los que se sometió a la comunidad nikkei durante la Segunda Guerra Mundial, sus hijos Mishiko y Seiko fueron adoptados por el Dr. Zakuro Sato y su esposa Zakuro en Chiapas y nunca conocieron la verdadera identidad de sus padres biológicos. Mishiko y Seiko se sienten mexicanos y cómodos con la integración cultural a la sociedad mayoritaria mexicana: Seiko se revela contra el Dr. Sato cuando este trata de impedirle que participe en una huelga porque piensa que los nikkei no deben involucrarse en la política mexicana (Chew 2007, 114), y Mishiko desobedece al Dr. Sato cuando este trata de prohibirle que salga con un joven mexicano (Chew 2007, 141). Queda claro, por tanto, que los hijos adoptivos, ya integrados en la sociedad mayoritaria mexicana, se niegan a heredar el afecto, la memoria colectiva y el trauma intergeneracional generados entre la generación de sus padres inmigrantes.

Este hilo narrativo principal queda intercalado de textos, fotografías e historias que rescatan del olvido el sufrimiento e incertidumbre de los inmigrantes japoneses y sus descendientes en México desde el ataque a Pearl Harbor hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Se recrea, asimismo, el doloroso proceso de integración cultural tras la campaña de difamación antijaponesa llevada a cabo por el gobierno estadounidense en México y el resto de Latinoamérica, que les hizo sentirse traicionados por los países de acogida. Llegado cierto punto en la trama, un personaje autobiográfico (de padre cantonés y madre mixteca) explica indirectamente el propósito del libro. Primeramente, pondera cómo es muy posible que su familia no entienda por qué escribe sobre el sufrimiento de los nikkei en México, teniendo en cuenta las atrocidades cometidas en China por el Ejército Imperial Japonés. Pero la narradora deconstruye como artificial esa supuesta continuidad entre los dos grupos humanos:

Grabados de demonios amarillos hincando el diente en los cuellos de niñas chinas. Espadas atravesando los cuerpos de ancianos lánguidos. Terrible será tal vez para mi familia el que hoy me

encuentre tratando de descifrar otra historia de horror a miles de kilómetros y muchos años de distancia de esas masacres en China. Increíble que hoy busque sanar las heridas de los japoneses mexicanos. Pero es que la vida es igual y diferente. Y los japoneses en China son harina de otra historia. Y los japoneses en México pertenecen a este costal. (Chew 2007, 41)

Aunque pueda parecer una contradicción, por tanto, considera su misión el descifrar el horror y la rabia que padecieron, por culpa del prejuicio, los nikkei de México durante la Segunda Guerra Mundial para intentar curar hoy sus heridas.

La narradora autobiográfica compara empáticamente el sufrimiento de los nikkei con el de sus ancestros chinos y, por ello, se siente identificada con los nikkei de México «tal vez porque su historia es mi historia y la de muchos otros» (Chew 2007, 41). Como explica Puo-An Wu Fu, este pequeño capítulo en el que la voz poética es de origen chino en lugar de japonés distancia la animosidad entre chinos y japoneses en Asia a raíz de las atrocidades cometidas durante la Segunda Guerra Mundial de las relaciones que puedan tener inmigrantes chinos y japoneses, así como sus descendientes en México. En otras palabras, al igual que los personajes Mishiko y Seiko, mencionados anteriormente, se niega a heredar el trauma y el odio:

In marking a difference between the history in Asia and the history in Latin America, the voice is effectively taking a stand against the racializing antagonism toward Japanese persons from either side of the Pacific Ocean. By the same token, the voice is rejecting its inheritance in refusing to maintain the anti-Japanese sentiment transplanted by its parents' generation. (Fu 15)

Primeramente, varios episodios nos recuerdan los éxitos políticos y económicos de esta comunidad, que comenzaba a integrarse plenamente en la sociedad mexicana. Se menciona, por ejemplo, a un inmigrante japonés que llegó a convertirse en mano derecha del presidente mexicano: «Hubo un tiempo en que la persona de mayor confianza del presidente Francisco Madero era Asahiro Tanaka» (Chew 2007, 19). Se recuerda, asimismo, la historia de los mineros japoneses que, aun cuando vivían con el miedo a la deportación, se pusieron en huelga, con lo que consiguieron que los dueños norteamericanos de la mina de carbón en Palaú, en el estado de Coahuila, pagaran sueldos dignos a todos los trabajadores:

No entraron ya en la mina y como la mayoría eran japoneses, y dirigían a los demás mineros abajo, aunque los mineros mexicanos no se unieran a la huelga al principio, porque tenían miedo, pues

se quedó parada la mina de todos modos. Y gracias a ellos, a los japoneses, consiguieron mejor sueldo para todos. (Chew 2007, 74)

Se lamenta, además, el hecho de que, tras la expulsión de los nikkei y el cierre de sus negocios, la ciudad de Palaú jamás volviera a recuperarse, y celebra cómo el Dr. Manuel Fujimoto prestó su apoyo a una huelga de unos pescadores japoneses y mexicanos al ver que el patrón del barco deducía demasiado dinero de sus sueldos.

No obstante, se pone también en evidencia cómo este tipo de progreso sociocultural no es necesariamente irreversible, en particular cuando suceden cataclismos geopolíticos como el ataque japonés a Pearl Harbor. Así, en su estudio *Uprooting Community* Chew combate estereotipos sobre el bienestar permanente de la comunidad nipona en México:

The documented participation of the Japanese in the Mexican Revolution and in labor movements, fighting classism and racism, as well as the losses they suffered in life and property during the anti-Asian attacks refutes the notion that Japanese enjoyed a permanent high racial mark in all periods in Mexico. (2015, 5)

Volviendo a *Mudas las garzas*, leemos cómo una mujer apellidada Tanaka recuerda la persecución a su padre, un respetado dueño de varios negocios y veterano de la Revolución Mexicana de 1910, que tuvo que acabar escondiéndose. Igualmente, Seiko Nakamura tiene que ir a buscar a su padre a la Hacienda Temixco, que hacía las funciones de campo de internamiento en Morelos, porque su familia llevaba mucho tiempo sin recibir noticias de él.

Pero, centrándonos de nuevo en el enfoque principal de este ensayo, observamos que, como en el caso de *Jamás, nadie* de Rivas, en *Mudas las garzas* no es el gobierno sino más bien la solidaridad y hospitalidad horizontal de la gente común las que ayudan a las víctimas nikkei a sobrevivir la injusticia. Así, nos enteramos de que cuando encarcelan al Dr. Manuel Otsuka, el shock hace que su esposa tenga un aborto espontáneo y necesite una cirugía. En ese momento, un médico mexicano local se ofrece a realizar la cirugía de forma gratuita y los vecinos de la sierra de Namiquipa, en Chihuahua, donan sangre generosamente y la ayudan como pueden. Asimismo, unos indígenas tarahumaras retribuyen la generosidad de un médico japonés al advertir a los nikkei de la llegada de soldados mexicanos. Igualmente, un personaje llamado Watanabe culpa abiertamente a los estadounidenses por su miedo y arrogancia, a la vez que recuerda que, aunque muchos de los nikkei tenían la nacionalidad mexicana, su propio gobierno se negó a protegerlos. En cambio, celebra el apoyo popular que recibieron los nikkei en el momento del desplazamiento forzoso: «Nuestros vecinos lloraban, escribieron cartas y exigieron

que nos devolvieran a Tijuana, hicieron saber que nosotros no hacíamos daño a nadie. Todo inútil, jamás regresamos» (Chew 2007, 69). Si bien sus súplicas no consiguieron el efecto esperado, sí ayudaron a los nikkei psicológicamente al sentir el apoyo de sus vecinos, así como el reconocimiento de la situación de injusticia.

Otro texto, esta vez del Dr. Martín Otsuka, agradece el hecho de que, mientras estaba encarcelado, los soldados que lo vigilaban lo trataron compasivamente: le llevaban comida gratis cocinada por sus propias esposas, le hicieron una cama con periódicos, le dejaban salir a tomar el sol cuando sus oficiales estaban ausentes y le animaban, asegurándole que sus hijos no carecerían de nada. El Dr. Otsuka recuerda su agradecimiento por esta generosa hospitalidad horizontal («La gratitud hacia que mis mejillas se humedecieran» [Chew 2007, 75]), que culminó cuando, tras la insistencia de su esposa, lo dejaron libre. En otro pasaje, la primera persona nacida en cautiverio en la Hacienda Temixco, la hija del Dr. Manuel Hiromoto y Rita Yoshino, describe cómo al acabarse la guerra, los campesinos construyeron una cabaña para que su familia se quedara con ellos. Todos querían mucho al «doctor japonés» porque los curaba gratuitamente. Desmiente, por otra parte, algunos mitos sobre la experiencia japonesa en el campo de internamiento: «Lo que le contaron, que podíamos entrar y salir como quisieramos, es una mentira. Los únicos que podían hacerlo fácilmente eran los capataces y sus hijos» (Chew 2007, 88).

En definitiva, en lugar de ajustarse al discurso histórico como hace en sus textos académicos, en esta obra fragmentaria, coral y polifónica Chew trata de evocar, desde el discurso literario, una situación de injusticia en la vida real. A la vez que denuncia la traición del gobierno mexicano (aunque fue menor que la de otros gobiernos latinoamericanos que consintieron en enviar a miembros de la comunidad nikkei a campos de internamiento como Camp Kenedy y Crystal City Camp, en Texas), reconoce el apoyo espontáneo de parte de la población mexicana a las víctimas nikkei. En sus textos académicos, Chew ofrece el mismo reconocimiento del apoyo incondicional por parte del pueblo mexicano (en este caso a una inmigrante japonesa llamada Margarita Fude de Kawano y residente en Sonora), en contraste con el acoso del gobierno central: «Either the DIPS officials realized that the Kawano family would live in Mexico under severe financial stress if forced to travel to or live in Mexico City or the bureaucrats were impressed by the support the family received from the Thai community» (2014, 76). Igualmente, en *Uprooting Community* Chew señala que al menos 175 residentes mexicanos de Portugués de Gálvez apoyaron a esta japonesa en su intento de evitar que la deportaran a un campo de internamiento (2016, 26).

3 Conclusiones

Estas dos obras literarias reflejan el hecho de que tanto la comunidad china como la nikkei fueron víctimas de la opresión racial en México en distintos momentos del siglo XX a raíz de traumáticas coyunturas bélicas o la influencia política del gobierno de Estados Unidos. Como se ha visto, entre otros factores importantes estaban los celos económicos que llevaron a describir a los chinos como parásitos o la percepción de los nikkei como potencial quinta columna que amenazaba la seguridad nacional tanto de México como de su vecino del norte, Estados Unidos. No obstante, contranarrativas como *Jamás, nadie y Mudas las garzas* muestran cómo la hospitalidad horizontal ofrecida por parte del pueblo mexicano a los refugiados internos de origen asiático desafió la opresión de tintes orientalistas por parte del Estado, así como su intento de desnacionalizarlos. La sociedad civil mexicana, por lo general, respondió generosamente y sin responder a imperativo o deber alguno, tal y como proclama el epígrafe que abre este ensayo, sino a la «ley incondicional de la hospitalidad» que menciona Derrida.

Con estas recreaciones de la hospitalidad horizontal, Rivas y Chew contribuyen a recobrar la memoria colectiva borrada del discurso oficial de la nación y a celebrar la resiliencia de estos dos grupos racializados, lo que podría ayudar a mejorar su autoestima y visibilidad, así como a combatir su posible desarraigo. Por otra parte, este tipo de reconocimiento desde el campo literario ayuda a compensar, de algún modo, el hecho de que hasta el día de hoy los gobiernos mexicano y estadounidense no han ofrecido ningún tipo de compensación a los 5000 nikkei de México que padecieron el desplazamiento (para el que, además, se tuvieron que pagar sus propios gastos de viaje) e internamiento forzoso en 1942.³ Del mismo modo, mientras que el gobierno mexicano sí ha pedido oficialmente perdón a la comunidad china por la matanza de Torreón, por alguna razón no ha tenido esa cortesía con la minoría nikkei por el vergonzoso maltrato recibido durante la Segunda Guerra Mundial.

³ En contraste, a los nikkei de Estados Unidos y más tarde, a los de Sudamérica que fueron llevados a campos de internamiento en Texas sí se les ofreció compensación, por simbólica que pudiera ser.

Bibliografía

- Chao Romero, R. (2010). *The Chinese in Mexico 1882-1940*. Tucson: The University of Arizona Press.
- Chew, Selfa A. (2014). «Mexicanidades de la diáspora asiática: Considerations of Gender, Race, and Class in the Treatment of Japanese Mexicans During WWII». *Chicana/Latina Studies* 14(1), 56-87.
- Chew, Selfa A. (2007). *Mudas las garzas*. Ciudad de México: Eón.
- Chew, Selfa A. (2016). *Uprooting Community: Japanese Mexicans, World War II, and the U.S.-Mexico Borderlands*. Tucson: The University of Arizona Press.
- De Ferrari, G. (2022). «A Horizontal Hospitality». De Ferrari, G.; Siskind, M. (eds), *The Routledge Companion to Twentieth and Twenty-First Century Latin American Literary and Cultural Forms*. Nueva York: Routledge.
- Derrida, J. (2000). *Of Hospitality*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Herbert, Julián. 2015. *La casa del dolor ajeno. Crónica de un pequeño genocidio en La Laguna*. Nueva York: Random House.
- Fu, P.A.W (2018). «Transpacific Subjectivities: 'Chinese'–Latin American Literature after Empire». *Chinese America: History and Perspectives*, 13-20.
- López-Calvo, I. (2019). «Entrevista a Julián Herbert sobre su obra *La casa del dolor ajeno*». *A Contracorriente. Editado por Sergio Villalobos-Rubinott. A contracorriente*, 16(3), 254-60.
- López-Calvo, I. (2020). «Necropolítica, espectrología china e impunidad en *La casa del dolor ajeno* de Julián Herbert». Montt Strabucchi, M.; Sáiz López, A. (eds), *Narrativas de lo chino en las Américas y la Península ibérica*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 55-70.
- Manríquez Buendía, M. (2018). «El simbolismo del grito en *Jamás, nadie, de Beatriz Rivas*». *Impossibilitia. Revista Internacional de Estudios Literarios*, 16, 28-51.
- O'Gorman, K. (2007). «The Hospitality Phenomenon: Philosophical Enlightenment?» *International Journal of Culture, Tourism and Hospitality Research* 1(3), 189-202.
- O'Gorman, K. (2006). «Theorists of Hospitality. Jacques Derrida's Philosophy of Hospitality». *The Hospitality Review*, 50-57.
- Puig, J. (1992). *Entre el río Perla y el Nazas: La China decimonónica y sus braceros emigrantes, la colonia china de Torreón y la matanza de 1911*. Ciudad de México: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes.
- Rosello, M. (1998). «Representing Illegal Immigrants in France: From *clandestins to l'affaire des sans-papiers de Saint-Bernard*». *Journal of European Studies*, 28, 137-51.
- Rivas, B. (2017a). «Entrevista en *La Pura Verdad*». <https://www.youtube.com/watch?v=iyT9g8TDPYs>.
- Rivas, B. (2017b). *Jamás, nadie*. Ciudad de México: Alfaguara.

